

XLIII

Los prisioneros de guerra

Efectivamente, Canolles no había podido dejar de notar los gritos, los alaridos, las amenazas y agitación de las turbas. Á través de los hierros de su ventana había á su vez observado el cuadro moviente y animado que se desarrollaba ante su vista, y que era el mismo de un extremo á otro de la ciudad conmovida.

— ¡Pardiez, decía, vaya un contratiempo desagradable! Esa muerte de Richón... ¡Pobre Richón; era un valiente! Su muerte va á redoblar mi cautiverio, y ya no se me permitirá recorrer la ciudad como antes. Ya se acabaron las citas, y hasta el casamiento, á no ser que Clara se contente con la capilla de una cárcel. Sin embargo, esto sería de triste agüero... ¿Por qué diablos no se recibió la noticia mañana en vez de recibirse hoy?

Después, acercándose á la ventana é inclinándose para mirar, continuó:

— ¡Qué vigilancia, dos centinelas, cuando yo pienso que voy á estar aquí confinado ocho días, quince días tal vez, hasta que ocurra algún suceso que haga olvidar este otro!... Por fortuna, los hechos se suceden con frecuencia en los tiempos que corren, y los Burdeleses son ligeros de cascos; pero mientras tanto no dejaré de pasar malos ratos. ¡Pobre Clara! debe estar desesperada; por

fortuna, sabe que estoy arrestado. ¡Oh, sí, lo sabe, y por consiguiente sabe también que yo no tengo la culpa! ¡Calle! ¿Pero á dónde diablos vá toda esa gente? Á estas horas no hay parada ni ejecución; todos van hacia el mismo lado. Diríase, en verdad, que saben que estoy aquí como un oso detrás de estas rejas.....

El barón dió algunos pasos por la sala con los brazos cruzados: los muros de la prisión le habían inspirado ideas filosóficas, de que se ocupaba poco en tiempo ordinario.

— ¡Qué necesidad tan grande es la guerra! murmuró. Véase el pobre Richón, con quien yo comía hace apenas un mes, ya muerto. Se habrá hecho matar al pie de sus cañones, como habría yo debido hacer si me hubiera sitiado cualquiera otro que no fuese la vizcondesa. Esta guerra de las mujeres es en verdad la más temible de todas las guerras. Á lo menos, en nada he contribuído á la muerte de un amigo. Gracias á Dios, no he sacado la espada contra un hermano, lo que me consuela. Vamos, esto más le debo á mi geniecito femenino; bien mirado, le debo muchas cosas.

En este momento entró un oficial é interrumpió el soliloquio del barón.

— Si queréis cenar, caballero, le dijo, dad vuestras órdenes: el conserje tiene encargo de servirlos según os acomode.

— Vamos, dijo Canolles, parece que á lo menos determinan tratarme honoríficamente el tiempo que permanezca aquí. Había temido un momento lo contrario, al ver el semblante grave de la princesa y el gesto crudo de todos sus asesores.....

— Os espero, repitió el oficial inclinándose.

— ¡Ah! Tenéis razón; perdonad. Vuestra demanda me

ha obligado á hacer ciertas reflexiones por su extremada política... Volvamos al asunto : si, señor, cenaré, porque tengo bastante apetito; pero soy sobrio por costumbre, y una cena de soldado me bastará.

— ¿Y no tenéis ningún encargo que hacerme además para la ciudad?... dijo el oficial acercándose á él con interés. ¿ No esperáis nada?... Vos habéis dicho que sois soldado, yo también lo soy; portaos conmigo como con un camarada.

El barón miró al oficial con admiración.

— No, señor, no, dijo. No tengo ningún encargo que haceros para la ciudad, ni espero nada, sino es á una persona que no puedo nombrar. En cuanto á trataros como á un camarada, es ofrecimiento que os agradezco. Aquí tenéis mi mano, caballero; y más adelante, si necesito alguna cosa, me acordaré de vos.

Esta vez el oficial fué quien miró á su interlocutor con sorpresa.

— Bien, caballero, le contestó. Vais á ser servido ahora mismo.

Y se retiró

Un instante después entraron dos soldados trayendo una cena completa : era un poco más selecta de lo que había pedido el barón. Sentóse á la mesa y comió con buen apetito.

Los soldados le miraban á su vez admirados. Canolles creyó codiciar su admiración; y como el vino era del bueno de Guena, les dijo :

— Amigos, pedid dos vasos.

Uno de los soldados salió, y volvió á poco con los vasos.

El barón los llenó, vertió después algunas gotas de vino en el suyo, y dijo :

— Á vuestra salud, amigos.

Los dos soldados tomaron sus vasos, los chocaron maquinalmente con el de Canolles, y bebieron sin devolverle su cumplido.

— No son atentos, dijo para sí el barón, pero beben bien : no se puede reunir todo.

Y continuó su cena, que llevó triunfalmente hasta el fin.

Cuando concluyó se levantó, y los soldados alzaron la mesa.

El oficial volvió á entrar

— ¡ Ah, pardiez, caballero ! dijo Canolles, debierais haber cenado conmigo : la cena estaba excelente.

— No habria podido tener ese honor, caballero, porque yo también hace un instante que me levanto de la mesa. Y vuelvo.....

— ¿ Á hacerme compañía ? repuso el barón. Si es así, os felicito, caballero, porque no dejaré de seros grato.

— No, señor, mi misión es menos agradable. Vengo á advertiros que no hay ministro en la prisión y que el capellán es católico. Pero yo sé que sois protestante, y esta diferencia de culto tal vez os moleste.

— Á mi, caballero, ¿ y para qué ? preguntó sencillamente Canolles.

— ¡ Para qué ! contestó el oficial cortado, para hacer vuestras oraciones.

— ¡ Mis oraciones ! Está bien, repuso Canolles riendo, mañana pensaré en eso ; yo no acostumbro á hacer mis oraciones más que por la mañana.

El oficial miró á Canolles con un estupor, que se cambió gradualmente en una conmiseración profunda. Saludó y salió

— ¡ Bah ! dijo el barón, ¿ se desquicia el mundo ?

Desde la muerte de ese pobre Richón, toda la gente que encuentro tiene el aire de idiota ó rabioso. ¡Votová! ¿No veré un semblante algo razonable?

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando la puerta de la prisión se abrió de nuevo; y antes de que pudiese reconocer la persona que llegaba, se echó ésta en sus brazos, y cruzando las manos á su cuello inundó su rostro de lágrimas.

— Vamos, exclamó el barón desembarazándose de aquella apretura, un loco más. De seguro estoy en alguna casa de orates.

Pero al movimiento que hizo al tiempo de retroceder, echó en tierra el sombrero del desconocido, y los hermosos cabellos rubios de la vizcondesa de Cambes se deslizaron sobre sus hombros.

— ¿Vos aquí? exclamó el barón corriendo hacia ella para recibirla de nuevo en sus brazos. ¡Vos! ¡Ah! Perdonadme si no os he conocido, ó más bien si no os he adivinado.

— ¡Silencio! dijo la vizcondesa recogiendo su sombrero y poniéndoselo con prontitud en la cabeza. ¡Silencio! Pues si supieran que soy yo, acaso me robarían mi dicha. En fin, me es permitido veros todavía. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué feliz soy!

Y sintiendo Clara dilatarse su pecho, estalló en ruidosos sollozos.

— ¡Todavía! dijo Canolles. ¿Os es permitido verme todavía, decís? Y me lo decís llorando. — ¿Qué significa esto? Pues qué, ¿no debíais volverme á ver? continuó riendo.

— ¡Oh! No riáis, amigo mío, repuso la vizcondesa; vuestra alegría me hace daño. No riáis, os lo suplico. ¡Me ha costado tanto el llegar á vuestro lado, si supie-

seis, y ha estado en tan poco que no viniese! A no ser por Lenet, por ese excelente hombre... Pero hablemos de nosotros, pobre amigo. ¡Dios mío! ¿Es cierto estáis aquí? ¿Sois vos á quien encuentro? ¿Puedo estrecharos aun contra mi corazón?

— Sí, yo soy, sí, el mismo, contestó el barón sonriendo.

— ¡Oh! dijo la vizcondesa, dejaos de afectar ese aspecto alegre; es inútil, lo sé todo. No sabían que yo os amaba, y no se han ocultado de mí.

— Pero ¿qué sabéis? le dijo el barón.

— ¿Acaso, continuó Clara, no me esperabais? ¿No estabais descontento de mi silencio? ¿No me acusabais ya?

— ¡Yo atormentado, descontento! sin duda; pero no os acusaba. Conocía que alguna circunstancia más fuerte que vuestra voluntad os alejaba de mí; y mi mayor desgracia en todo esto es que nuestro matrimonio se dilata á ocho días, ó á quince tal vez.

Clara á su turno miró á Canolles con el mismo estupor que el oficial había demostrado un momento antes.

— ¡Cómo! dijo ella. ¿Habláis formalmente? ¿Ó en realidad, no estáis más asustado que eso?

— ¡Yo asustado! repuso Canolles, asustado, ¿de qué? ¿Es qué por acaso, añadió riendo, corro algún peligro que ignoro?

— ¡Oh, desdichado! exclamó ella; no sabía nada.

Y temiendo sin duda revelar sin preparación toda la verdad, á quien ésta tan cruelmente amenazaba, hizo un violento esfuerzo sobre sí misma, contuvo las palabras que habían saltado de su corazón á sus labios.

— No, yo no sé nada, dijo gravemente Canolles: pero

vos me lo diréis todo, ¿sí? — Nada temáis, soy hombre, Clara. ¡ Hablad, hablad!

— ¿ Sabéis que Richón ha muerto? dijo ella.

— Sí, contestó Canolles; lo sé.

— ¿ Pero sabéis cómo ha muerto?

— No, pero lo sospecho. Ha sido muerto en su puesto, ¿ no es así, en la brecha de Vayres?.....

La señora de Cambes guardó un momento de silencio. Después, grave como el bronce que toca un clamor fúnebre dijo:

— Ha sido colgado en la plaza de Liburnio.

Canolles dió un salto para atrás.

— ¡ Ahorcado! exclamó. ¡ Richón, un soldado!.....

Luego, palideciendo súbitamente y pasándose por la frente su mano trémula, añadió:

— ¡ Ah! Ahora lo comprendo todo. Mi arresto, mi interrogatorio, las palabras del oficial, el silencio de los soldados, vuestra conducta, vuestro llanto al verme alegre, y en fin, esa muchedumbre, esos gritos y esas amenazas. Richón ha sido asesinado y quiere vengarse á Richón en mi persona.

— ¡ No, no, mi muy amado, no! ¡ Pobre amigo de mi corazón! exclamó Clara radiante de alegría, estrechando las dos manos de Canolles, y sumergiendo en sus ojos sus miradas. ¡ No, no es á ti á quien van á sacrificar, querido prisionero! — ¡ Sí, es cierto, no te habías engañado, tú estabas designado y condenado, sí, íbas á parecer! — ¡ Sí, has visto muy cerca la muerte, hermoso mío! Pero tranquilízate; ahora ya puedes reír, puedes hablar de felicidad y de porvenir. ¡ La que vá á consagrarte toda su vida, ha salvado la tuya! ¡ Alégrate!... pero sin ruido, porque despertarías tal vez á tu desgraciado compañero,

aquel sobre quien va á caer la tempestad, el que debe morir en tu puesto.

— ¡ Oh! ¡ Callad, callad, querida amiga; me hacéis estremecer de horror! dijo el barón, mal repuesto del terrible golpe que se le acababa de lanzar, no obstante las ardientes caricias de Clara. ¡ Yo, tan tranquilo, tan confiado, tan sencillamente alegre, iba á morir! ¿ Y cuándo? ¿ En qué momento? ¡ Justo cielo! En el mismo instante de ir á ser vuestro esposo. ¡ Oh! ¡ Por mi alma, que esto hubiera sido un doble asesinato!

— Ellos llaman á eso represalias, dijo Clara.

— Sí, sí, es verdad; tienen razón.

— Vamos, estáis sombrío y meditabundo.

— ¡ Oh! exclamó el barón, no es la muerte lo que temo, sino separarme de vos.

— Si hubieseis muerto, mi muy amado, yo también habría muerto. Pero no, esta noche, tal vez dentro de una hora, saldréis de la prisión; y, ó yo misma vendré á buscaros, ú os esperaré á la salida. Entonces, sin perder un minuto, sin perder un segundo, huiremos. ¡ Oh, sí! en el mismo instante; no quiero esperar nada. ¡ Esta maldita ciudad me espanta! Hoy he conseguido salvaros; pero mañana tal vez os arranque de mi lado alguna otra desgracia inesperada.

— ¡ Oh! dijo el barón, ¿ sabéis, querida mía, amada Clara, que me concedéis demasiada felicidad de un golpe? ¡ Oh, sí, mucha felicidad; sería bastante á hacerme morir!.....

— ¡ Pues bien! Entonces, repuso Clara, recobrad vuestra indiferencia y vuestra alegría.

— Pero, ¿ y vos por qué no recobráis la vuestra?

— Mirad, yo río.

— ¿ Y ese suspiro?

— Este suspiro, amigo mío, es por el desgraciado que paga con su vida nuestra alegría.

— Sí, sí, tenéis razón. ¡ Oh ! ¿ Por qué no podéis llevarme en este mismo instante ? Vamos, ángel mío, abre tus alas y llévame.

— ¡ Paciencia, paciencia, mi querido esposo ; mañana os llevaré !... ¿ Y á dónde ? — ¡ Qué sé yo ! Al paraíso de nuestro amor. Mientras llega la hora, aquí me tienes.

Canolles la cogió en sus brazos, estrechándola sobre su pecho : ella echó sus manos al cuello del barón y se dejó caer palpitante sobre aquel corazón, que comprimido por tan diversos sentimientos, apenas latía.

De pronto y por segunda vez, un sollozo doloroso subió de su pecho á sus labios, y en medio de su felicidad inundó Clara de lágrimas el rostro de Canolles, que se había reclinado sobre el suyo.

— ¡ Y bien ! dijo él, ¿ es esta vuestra alegría, pobre ángel ?

— Este es el resto de mi dolor.

En este momento se abrió la puerta, y el oficial que había venido ya, les anunció que la media hora concedida en el pase había transcurrido.

— Adiós, murmuró el barón. — ¿ Por qué no me ocultas en un pliegue de tu capa y me llevas contigo ?

— ¡ Pobre amigo ! repuso ella en voz baja. Calla, ¿ no ves que quebrantas mi corazón ? ¿ No conoces que me muero de deseo ? Ten paciencia por tí, y por mí sobre todo ; dentro de pocas horas nos reuniremos para no volvernos á separar.

— Tendré paciencia, dijo Canolles alegre, enteramente tranquilizado por esta promesa ; pero es menester separarnos. Ea, ¡ valor ! — ¡ Adiós, Clara, adiós !

— Adiós, dijo ella tratando de sonreír ; ad.....

Pero no pudo terminar la palabra cruel ; por tercera vez los sollozos ahogaron su voz.

— ¡ Adiós, adiós ! exclamó Canolles estrechando de nuevo á la señora de Cambes y cubriendo su frente de ardorosos besos. ¡ Adiós !

— ¡ Diablos ! murmuró el oficial. Por fortuna sé que el pobre muchacho no tiene que temer una gran cosa ya, que á no ser así, escena es esta que me traspasaría el corazón.

El oficial acompañó á la vizcondesa hasta la puerta, y volvió.

— Ahora, caballero, dijo aquél al barón, que se había dejado caer sobre una silla, lleno aun de sus emociones ; ahora no basta ser feliz, es necesario ser también compasivo. Vuestro desgraciado compañero, el que va á morir, está solo. Nadie le protege, nadie le consuela, y pide veros. Yo he tomado á mi cargo el concederle esta gracia, pero es menester que consintáis vos.

— ¡ Que yo consienta ! exclamó el barón. ¡ Oh, yo lo creo ! ¡ Pobre infeliz ! le espero, y le tenderé mis brazos. No le conozco, pero no importa.

— Sin embargo, parece que él os conoce.

— ¿ Sabe la suerte que le está reservada ?

— No ; creo que no. Ya conocéis que es necesario dejarle en la ignorancia.....

— ¡ Oh ! Descuidad.

— Oid, pues. Las once van á dar ; yo me retiro á mi puesto : de las once en adelante, los carceleros solamente mandan en jefe en el interior de la prisión. El vuestro está advertido de que el otro prisionero viene á hablar con vos, y vendrá por él en el momento en que deba hacerle entrar en su calabozo. Si el desgraciado no sabe nada, no le anunciéis nada ; pero si sabe algo, decidle de

nuestra parte, que nosotros, como soldados, lo sentimos todo en el fondo de nuestra alma. Porque al fin, morir no es nada; pero, ¡votová san! que ahoreado es morir dos veces.

— ¿Está decidido que habrá de morir?.....

— Lo mismo que Richón. Son represalias completas. Pero nosotros charlamos, y él espera sin duda con ansiedad nuestra respuesta.

El oficial salió, fué á abrir la puerta del calabozo inmediato, y Cauviñac, un poco pálido, pero con paso desembarazado y la frente alzada, entró en el encierro del barón, que dió algunos pasos hacia él.

Entonces el oficial se despidió por última vez de Canoilles con una seña, miró compasivamente á Cauviñac, y salió, llevándose consigo un soldado, cuyos pasos graves fueron á perderse después de algún tiempo bajo las bóvedas.

No tardó el carcelero en hacer su ronda. Sus llaves se oyeron resonar en el corredor.

Cauviñac no estaba abatido, porque había en este hombre una inalterable confianza en sí mismo y una esperanza inagotable en el porvenir. Sin embargo, bajo su apariencia tranquila y su exterior casi alegre, un profundo dolor se deslizaba, semejante á una serpiente que mordía su corazón. Esta alma escéptica, que siempre había dudado de todo, dudaba por último de la duda misma.

Desde la muerte de Richón, Cauviñac no comía ni dormía.

Habituado á burlarse del mal ajeno, porque tomaba el suyo con risa, nuestro filósofo no había pensado, sin embargo, en reirse de un acontecimiento que á su pesar producía este resultado terrible. En todos los hilos misteriosos que le hacían responsable de la muerte de Richón,

entreveía la mano de la Providencia y empezaba á creer, si no en la remuneración de las buenas acciones, á lo menos en el castigo de los malos.

Resignábase, pues, y meditaba; pero en medio de su resignación, como hemos dicho, él no comía ni dormía.

Y por un singular misterio de esta alma personal, sin ser por esto egoísta, lo que más le afligía aun que su propia muerte, prevista desde luego, era la muerte del compañero, que sabía que á dos pasos de él esperaba la sentencia fatal ó la ejecución sin sentencia. Todo esto se le representaba en su imaginación como el espectro vengador de Richón, y la doble catástrofe, resultado de lo que creyera al principio una linda travesura.

Su primera idea había sido la de escaparse, porque aunque prisionero bajo palabra, habiéndole faltado á las condiciones sentadas acerca de él, metiéndole en prisión, creía á su vez, y sin el menor escrúpulo, poder faltar á las suyas; pero á pesar de la perspicacia de su ingenio y la sagacidad de sus medios, había conocido que era imposible.

Entonces fué cuando llegó á persuadirse que estaba entre las garras de la inexorable fatalidad. Desde entonces no pidió más que una cosa, hablar algunos momentos con su compañero, cuyo nombre había parecido despertar en él una triste sorpresa, y deseaba reconciliarse con la humanidad entera, que tan cruelmente había ultrajado.

No aseguraremos que todos estos pensamientos fuesen remordimientos, no. Cauviñac era demasiado filósofo para tenerlos; pero á lo menos eran una cosa que se les parece mucho, un despecho violento de haber hecho mal por nada. Con el tiempo, y una combinación que mantuviese á Cauviñac en esta disposición de ánimo, este sen-